

LA MUJER QUE NO CONOZCO

Por Eduardo MENJIVAR

— y II —

Lo cierto es que mi pensamiento tiene similitud con su
(pensamiento...
Esta mi conformidad de vivir rodeado de hormigas (como
desprendido posiblemente de la rama del árbol de algún
(podrido fruto
(lejano planeta
donde la unión de dos trinos es el ayuntamiento sexual de
(los pájaros),
esta conformidad, repito, tiene el mismo aspecto de la
(modestia de ella.
Pueda que mi poesía sea ella: no de otra manera pudiera
(yo esclarecer
la confianza que profeso a mi silencio, con quien alegre
(comparto
(una noche cada quien) la soledad más joven y más antigua
(del mundo...
Ella es esta enorme sombra que llevo para siempre sepultada
(en mi cabeza.
Ella es la pantera suelta que deambula por mis grandes
(bosques en llamas.
Ella es mi sorpresivo despertar en la noche y mi nueva sed
(de estatuas...
Ella es mi amor por el mar (cuando están los barcos
(humeando arcángeles hacia el pensamiento de Dios.
Ella es la bomba de tiempo que han colocado en la isla de mi
(gran deseo.
Y cuando esa explosión repercute en mi sangre
quedan flotando en el vacío los pedazos albos
de las transparentes y suavemente delicadas
prendas íntimas de la mujer que no conozco...
Ella es mi desayuno de paisajes, mi siempre almuerzo de
(mariposas celestes y mi cena de luceros...
Ella es mi sonrisa para la época cuando los niños se quedan
(pensativos...
Ella es mi larga ringlera de guiones — — —
que avanzan dando tumbos por los ríos de mi sangre
hasta desembocar, uno tras otro, en el mar del sueño...
Y entonces surge la otra bailando desnuda entre velos
(transparentes
en la inmensa playa solitaria besada constantemente por
(oleajes cambiantes.
Escuchamos extáticos la sonoridad monótona del océano y
(rememoramos entonces,
por un momento, el alargado panorama que viaja hacia la
(eternidad meditativa.
En la enseñada del pensamiento de ella permanecen encalla-
(dos para siempre unas cuantas barcos de pensativos mástiles.
En mi pensamiento se reflejan los paisajes de mucho antes
(que fuera creado
este planeta en olvido. Y entonces inventamos las palabras
(más silenciosas.
Discutimos a gritos, nuevamente, hasta quedar exhaustos
(de silencios enormes.
Esta delgada mujer del sueño es la enviada de la que todavía
(no conozco...
Es el calor de su llama. La brisa de su velamen. El olor de
(sus pétalos...
Es un pensamiento que tiene forma de soledad y desmayo
(gris de mujer;
Por eso su desnudez tiene la suprema belleza de una virgen
(memoria
que no ha conocido recuerdo todavía... Sus senos son dos
(palabras
con futura mudez de leche... Y su delgado paladar de
(eternidad
es una invisible nube de ángeles en el suave cielo de su boca...
Así:)))), como paréntesis reculando, quedan todos los
(árboles,
en la ceja del paisaje, al recibir el viento que arremolina la
(túnica de la mujer de color de durazno.
Ella traslada a su tinaja de nieve el agua cristalina de mi alma
y queda de inmediato embarazada de espejeantes océanos
(celestes:
Eso ocurre en las bodas de mi angustia con su desdoblado
(sollozo,
en la hora cuando volamos juntos dentro del largo túnel del
(sueño
hasta llegar al espejo del alba: donde se refleja la gris ausencia
de la mujer que no conozco... Y de nuevo me deja el verde
(tiempo
rodeado de locos: los que jamás pasarán de ser grises hormigas
aunque vivan estudiando para arcángeles...
Sonsonate, Octubre 70.

EL TRAIADOR

Por Mario MAURIN

Desde los comienzos de la literatura, el conflicto entre el deseo y la realidad ha encontrado en el encarnamiento su metáfora predilecta. Platon y su posteridad cristiana, en audaz variante, le dieron valor metafísico: el hombre está encadenado a qui abajo, y la verdadera realidad está allá, bañada en la luz inmarcesible de las ideas o de la divinidad. Desde la época romántica, el uso de esta metáfora ha ido difundiéndose, probablemente al coincidir la conciencia de la libertad política y de la alienación espiritual. El hombre moderno vive a través de rejas huidizas e inviolables, en prisiones verdaderamente piranesianas. Se siente cautivo de su cultura, de la soledad de su familia, de sus posesiones, de sus actos y hasta de sus sueños. El universo "concentrador" en el que vivimos desde hace medio siglo no está hecho para proporcionar alivio a esta fundamental obsesión moderna que, entre muchos otros, Dostoevsky, Kafka, y Beckett han ilustrado memorablemente.

Los textos que Jean Guitton acaba de publicar bajo el título "La Última hora" (Hachette, París) se sitúan en un rincón apartado mas no despreciable de esta literatura carcelaria. Se trata de dos relatos, a los cuales el autor ha agregado unas cuantas páginas sueltas de memorias: unos y otras tienen un ámbito común. Se refieren a la época de la última guerra mundial, durante la cual Guitton fue preso de los alemanes. La primera narración cuyo título es también el del volumen, relata los últimos tiempos de cautividad del autor y sus primeros días de incierta libertad en una Alemania expuesta al caos de la invasión. El segundo relato, "Cesarina", es cronológicamente simétrico al primero ya que se desenvuelve en los días que precedieron a la ocupación alemana de Francia. Por razones de progresión no solamente temporal, sino estética, es de lamentar que el escritor no haya reservado el relato principal para la segunda parte de su libro. El lector —me parece— quedaría más satisfecho de un itinerario que lo llevaría de los albores de la cautividad a los de la liberación, en vez de participar en una disminución gradual de la densidad narrativa.

El talento de Guitton no es esencialmente novelesco. El es un conocido filósofo católico, que en el dominio del relato tiende a lo simbólico o, como se hubiese dicho en la Edad Media, a lo anagógico: no a la alegoría secas en la cual cada ser y cada acontecimiento tienen su sentido, su traducción exacta sino a un simbolismo movido y trascendental que se insinúa por los intersticios de la realidad, y que comunica a lo vivido la calidad de un misterio, en el sentido dramático de la palabra —de un auto sacramental.

El ambiente, aquí, es el de una desagrégación general, sutilmente sugerida por una experiencia localizada. Francia, y más tarde Alemania, se derrumban, o, mejor dicho, se derriten como minadas por una insidiosa enfermedad que corresponde a la presión exterior de las fuerzas enemigas. Así se explica que los dos relatos, además de su ambiente común, tengan también un tema idéntico: el del traidor, que encarna la presencia interior del enemigo, es decir, en los términos de un pensamiento católico, la presencia del mal. La particularidad de esta presencia, su originalidad en el libro de Guitton es que queda radicalmente dudosa. En ambos casos la sospecha envuelve a un personaje que tal vez es un traidor, o, al contrario, un salvador. Al terminarse los relatos el misterio permanece intacto. ¿Era la metódica Cesarina una espía alemana o una auténtica patriota? ¿De dónde viene, a dónde va el preso desconocido y llamado que vive con sus compañeros las últimas horas de cautiverio y los primeros días de liberación? Es un personaje tan inquietante como indispensable. Aparece y desaparece como una sombra, y Guitton quiere, evidentemente, que la pregunta se plantee en términos absolutos: ¿es Judas o Jesús-Cristo?

El hecho que no se pueda contestar con seguridad señala sin duda, según el autor, la crisis de valores que vive la humanidad actual. No sabemos distinguir entre el bien y el mal, y nuestra prisión se llama incertidumbre, ambigüedad.

Filosofía

Al través del tiempo....

CAMPANAS

Por Dora I



"Escena de amor con pájaros", óleo de Miguel Angel Orellana.

¡Ecos de las campanas! ¿Quién ha escrito con más poética unción que Rodenbach, sobre el embrujo inmemorial que surtan sus vibraciones sonoras que parecen dibujar arabescos en el aire? Pocas veces es posible definir a una ciudad diciendo ella que es un impercedero puñado de páginas; y sin embargo para siempre. Brujas será un libro de Rodenbach: "Brujas muerta". Y ese libro guarda entre sus pliegues, los tañidos lancólicos de los beffroi embozados en la bruma.

"Por las ventanas abiertas penetraba el grandioso concie de las campanas parroquiales que, una tras otra, volteaban y estrépito. El tiempo era gris: uno de esos indecisos días de m en que, a pesar de las nubes, queda un resto de gozo lejano el cielo. Y debido a esta fragilidad del ambiente que dejaba a vinar los carillones en marcha, propagábase una alegría; y campanas viejas, las extenuadas, las abuelas inválidas, las de conventos, de las antiguas torres, las que son perezosas y valedinarias, que enmudecen todo el año pero acompañan al cort el día de la procesión de la Santa Sangre, todas parecían ostent por encima de sus envejecidos trajes de bronce, sobrepellices b cas, adornadas con pliegues en forma de abanico. Se escuch el tintineo de las campanas, el grave zumbido de la de la catedral que no sonaba más que en las grandes fiestas, lenta y negra, al ventando el silencio..."

Los sentimos desgranarse en la atmósfera, como si fueran d mayándose, estremecimiento de almas, en un escenario fabul de canales sermidos y "beguinas" que van a misa de alba c mantillas del mismo color de la niebla. Las campanas protagon zan una leyenda nostálgica, deshojadas en sonos "sino flo de bronce". El encantamiento cuenta con un lejano historial, d de la hora perdida en el pasado, en que campanas egipcias an ciaban las severas fiestas de Osiris. Y en los misterios grieg y en los remotos sacrificios, eran melódicas presencias. Las c Teócrito. Acompañaban las ceremonias fúnebres o el paso los condenados al patíbulo. En las grandes festividades o en catástrofes de los pueblos, en la coronación de los reyes o en incendios; en las bodas principescas o en las revoluciones, cam nas tocando a rebato, han rubricado las solemnidades. En los bidos americanos han llamado en momentos de crisis, emisar del destino de los hombres. Algunas veces el misterio las aur la, como a la profética campana de Villeda, que sonaba por misma cuando algún mal se cernía sobre España: así presagió